

SOBRE LA NUEVA NOVELA Y LA NUEVA CRÍTICA LATINOAMERICANAS*

Raúl Bueno Chávez

Las relaciones entre literatura y crítica literaria suelen ser interactivas y de mutua constitución, de modo que una literatura debe mucho de su integralidad y coherencia al ejercicio de la crítica, y que, inversamente, una crítica adeuda gran parte de su consistencia y sus logros al rango y los alcances de la literatura a la que sirve y para la que fue concebida. Así la crítica suele precisar, entre otros factores, la índole, los componentes, la organicidad y las perspectivas de una literatura, y la literatura, a su vez, demanda el desarrollo, la riqueza y la calidad de una crítica a su estatura y que pueda hacerle justicia.

En lo que concierne a nuestra realidad literaria y crítica, vemos que tales relaciones constitutivas no lograron cuajar sus fundamentos de sistematicidad hasta la reciente década de los setenta. Poco antes, en 1967, Octavio Paz sostuvo en *Corriente alterna* que la literatura hispanoamericana era hasta entonces inexistente, en razón de que una crítica no la había “inventado” como un sistema de relaciones internas, “de afinidades y oposiciones”. No expuso —quizás no vio— la figura inversa de la relación: que no existía una crítica literaria hispanoamericana o latinoamericana (entendida, más allá de los ejercicios críticos individuales sobre obras concretas, como un conjunto de propuestas y modelos propios en permanente y enriquecedora interacción), en razón de que una literatura de rango no la había fundado, esto es, no había aún logrado su constitución sistemática y coherente, a fin de que sea su instrumental hermenéutico idóneo y la clave de sus registros poéticos.

Al indagar las causas que distrajeron las relaciones constitutivas entre literatura y crítica latinoamericanas, vemos que ellas en buena parte radican en la inadecuación a nuestra realidad de las categorías y modelos del componente básico de los estudios literarios: la teoría literaria. Estrechamente vinculada a toda reflexión seria y productiva sobre la literatura, la teoría literaria hace que no pueda hablarse unilateralmente y con rigor de relaciones entre literatura y crítica, a menos que se reduzca y falsee todo un campo complejo de actividad cognoscitiva. Después de todo, la crítica que se estima seria y rigurosa es aquella

* Ponencia leída en el seminario “La nueva narrativa latinoamericana: 20 años después”, organizado por el Centro de Estudios Literarios, Rómulo Gallegos en julio de 1982.

que se apoya en categorías y modelos teóricos; y la teoría que se otorga más créditos es aquella que mejor atiende y formula a nivel general las realizaciones fenoménicas de una literatura y los supuestos estéticos que la animan.

Es sabido que en general nuestros estudiosos de la literatura, antes que realizan una reflexión teórica propia, relativamente autónoma, preferían —y algunos aún prefieren— importar —“llave en mano”— enteros paradigmas teórico-críticos de otras latitudes, en especial de Europa, para servirse de ellos directamente, a veces de modo mecánico y sin ninguna aclimatación previa. Así ocurría, entonces, que la imagen que nos ofrecían de nuestra literatura resultaba casi siempre deficitaria y correspondía más bien a lo que ella hubiera podido ser en ambiente europeo; y ocurría que la reflexión sobre la especificidad, la originalidad —a partir de la tradición occidental que asimila— y la respuesta de nuestra literatura a las distintas sollicitaciones histórico-sociales del medio en que se origina, no pasaban de ser ocurrencias aisladas, que no lograban articular el espacio intelectual necesario para una fructificación sistemática por vías de la interacción, el debate y la integración de conceptos y planteamientos ya decantados. Igualmente desarticuladas y aisladas se encontraban las reflexiones sobre los elementos que pueden sostener la organicidad de nuestra literatura. Y, por supuesto, dada nuestra condición de dependientes teóricos y metodológicos, resultaba sencillamente inimaginable una especulación —que ahora sí interesa y se plantea— en torno a las modificaciones y el enriquecimiento que puede experimentar la teoría literaria general con las aportaciones de una teoría de la literatura latinoamericana.

Es en esta coyuntura que entra a tallar la nueva novelística latinoamericana. En efecto, lo que no habían conseguido con anterioridad nuestras manifestaciones literarias más significativas y originales (estamos pensando en el modernismo, en ciertos sectores de la vanguardia latinoamericana, en el nativismo, en la novela indigenista) comienza a lograrlo en la década de los setenta —sobre todo por la presión de su excelencia— la nueva novela —más extensivamente la nueva narrativa) latinoamericana. Contando entonces con dos lustros de prestigiosas realizaciones, dicho movimiento consigue imponer la conciencia de una búsqueda imposterizable de recursos teóricos y críticos autogenerados, relativamente autónomos y en gran medida originales, en todo caso ajustados a la naturaleza de los objetos y campos literarios latinoamericanos. Con esa conciencia, Mario Benedetti se preguntaba en 1971 si no era hora de “crear también nuestro propio enfoque crítico, nuestros propios modos de investigación, nuestra valoración con signo particular, salidos de nuestras condiciones, de nuestras necesidades, de nuestro interés” (en “La palabra, esa nueva cartuja”, *Crítica cómplice*, La Habana, 1971), y Roberto Fernández Retamar, en 1973, en su fundamental trabajo “Para una teoría de la literatura hispanoamericana” (incluido en el volumen del mismo título. La Habana, 1975), se animaba a sentar los postulados teóricos y críticos de base para una reflexión científica ajustada a nuestra realidad literaria. Así es como queda inaugurada una intensa y moderna actividad de reflexión teórica y crítica en Latinoamérica. que no se contenta con improvisar pasajeras soluciones de superficie, sino que, ahondando en la raíz misma de la problemática

teórica, establece fundamentos de franca índole epistemológica, a partir de los cuales las elaboraciones conceptuales y metodológicas producidas en nuestra América pueden tener garantía de científicidad.

Al revisar los textos más destacados en que viene plasmándose esa nueva conciencia crítica y teórica de Latinoamérica, podemos ver sin dificultad algunas de las mencionadas bases de orden epistemológico que sostienen al que nosotros consideramos como el sector más productivo de nuestros actuales estudios literarios. Así tenemos, en principio, que la reflexión teórica y crítica es (debe ser) entendida como un yuntor cognoscitivo del hecho literario y el proceso histórico social en que éste se produce; con ello queda superado el carácter insular, cerrado y, por ello mismo, francamente estéril del inmanentismo crítico. En segundo lugar, tenemos que el trabajo crítico es entendido como un instrumento que, más allá del saber que procura sobre el hecho literario en sí, puede contribuir al conocimiento y la definición de la realidad que tal hecho de algún modo simboliza, al mismo tiempo que ocupa un lugar en ella. Y en tercer lugar —y para concluir la cuenta de los fundamentos que más conmueven a nuestros estudios literarios— ese sector de nuestra crítica actual entiende su tarea como una actividad contextualizada y, por ello, comprometida; esto es, por ser ejercida en el ámbito latinoamericano (con toda la problemática que este ámbito supone) y sobre sus formas discursivas hoy por hoy más destacadas, como son las literarias, esta crítica y su base teórica se sienten en el compromiso histórico de contribuir al desarrollo de América Latina, por medio de destacar los proyectos sociales de —entre otros— liberación y justicia social que emanan directa o indirectamente de los hechos literarios que estudia.

Toda esta problemática histórico-social que encara en la actualidad lo mejor de nuestra crítica viene siendo impulsada en gran medida —como ya está sugerido aquí— por nuestra narrativa de las últimas décadas. Y ello porque, con más criterio o más sagacidad poética, esta narrativa enfrasca las condiciones caracterizadoras de la realidad latinoamericana, entre las que por cierto resaltan dolorosa y —sin embargo— subversivamente el subdesarrollo y la dependencia; y tiene —esta narrativa— algo así como una mayor voluntad de vehicular los que individual o colectivamente pueden ser considerados como proyectos sociales más consecuentes y correctos. En otros términos, esta crítica (y su teoría de base) esclarece al mismo tiempo el hecho literario y una problemática social que en distintos grados y matices está entrañada por la novela y, a mayor amplitud, por la literatura que la motiva y la impulsa.

Pasando del nivel de los fundamentos teóricos (aquí denominados epistemológicos) al de las categorías y modelos que consideran la estructura y el sentido del objeto literario, vemos que también la nueva novela latinoamericana está en disposición de impulsar ese campo de nuestra actividad teórica y crítica, al punto de —subsidiariamente— lograr su descolonización cultural y su relativa autonomía. Así, en el ámbito del sistema enunciativo del relato, que liga la lengua natural y el lenguaje propiamente narrativo, el sector experimental de nuestra

narrativa está reclamando la descripción, la explicación y la formalización satisfactorias de los recursos técnicos que propone. Y en algunos aspectos este reclamo viene siendo contenido. De modo que, si en un primer momento las singularidades o los hallazgos enunciativos de, por ejemplo, un Rulfo, un Fuentes, un Cortázar, o un Vargas Llosa no pudieron ser asumidos a plenitud por la crítica entonces actuante, hoy ocurre que la acción correlacionada de nuestras actividades crítica y teórica está produciendo el instrumental que permite una aproximación cada vez más justa y precisa a esas experiencias técnico-enunciativas. Consideremos a continuación algunos casos particulares de lo que acabamos de mencionar.

La imbricación de, entre otros factores, la alternancia de distintas voces narrativas, los cambios de perspectivas del narrador y la ruptura de la secuencia cronológica de la historia para disponerla de modo aparentemente arbitrario (v. gr.: *La casa verde*) está llevando a formular ya de modo local una instancia que incluye y supera a la del Narrador y que puede fundamentar y explicar todos aquellos fenómenos textuales que desbordan o evitan la simple voz narrativa. Tal es la categoría del Hablante básico (o Enunciador básico), distinta del Autor material del texto —del que viene a ser una creación— y del Narrador —al que le asigna su estatuto concreto de narrador ficticio, narrador con opinión, narrador neutral, narrador-personaje distanciado, narrador-personaje actuante, etc., según la voz que le otorgue y la perspectiva que le delegue. Esta categoría del HB concierne a la intencionalidad constructiva plasmada en el texto a modo de un inteligible, de una razón de coherencia y sentido. Integra aspectos tales como la estructura narrativa, la disposición de las historias, la opción entre distintas perspectivas (ideológicas, narrativas —de las historias—, espaciales, temporales, de los personajes), la selección intencional y la correlación de personajes, tiempos, lugares y acontecimientos, el orden y la designación de los “libros”, capítulos y secuencias, la inclusión de epígrafes y —asuntos muy importante, según creemos haberlo insinuado ya la delegación de la voz a los diferentes narradores ficticios.

Una novela como *La traición de Rita Hayworth* de Manuel Puig deja ver claramente la necesidad teórica y la utilidad crítica de la categoría que nos ocupa. Concebida y plasmada sin narrador, la novela está construida con sólo los actos de lenguaje de los personajes, en diálogos, cartas, diarios íntimos y “voces” interiores. Carece, pues, de toda exposición, descripción o acotación atribuible a un narrador convencional. La novela, empero, tiene un orden y un inteligible; un sentido, en suma, que sin duda radica en la instancia del HB. Este delega la voz a los distintos personajes del relato, selecciona las coordenadas espacio-temporales que ubican el acontecer, establece las perspectivas que interesan al relato, y determina la *dispositio* que más conviene a la obra. Ahora bien, el resto de la novelística de Puig parece desplegar todos los atributos del HB y las posibilidades técnico-narrativas que pueden explorarse con éxito a partir de dichos atributos.

Contando con la categoría del HB, la descripción teórico-crítica de la estructura y función de las técnicas narrativas modeladas o remodeladas por la novelística latinoamericana contemporánea se hace más viable, como hemos intentado

demonstrarlo en otro trabajo. Y aún, según creemos, la descripción más acertada de ciertas formas y recursos técnicos aportados por la novelística europeo-norteamericana, es un problema que puede ser resuelto con algunas ventajas a partir del instrumental que nos viene facilitando la fijación del estatuto y las funciones de la categoría del HB.

Asunto del mayor interés teórico-crítico lo constituye el conocimiento de los proyectos ideológicos y los sistemas referenciales entrañados por la novela y, en general, por la obra literaria. Empero, en este campo nuestros actuales estudios literarios, que como ya hemos dicho cuentan entre sus bases y objetivos el conocimiento de la relación entre novela y realidad latinoamericanas, tienen que recorrer un camino de conceptualización aún largo. Por lo pronto nuestros estudios se encuentran en plan de aclimatar, discutir, reformular y desarrollar las categorías que, sobre el particular, ofrece el amplio repertorio conceptual que nos llega de otras latitudes; categorías como las que formalizan las relaciones entre literatura y sociedad, las mediaciones entre la obra y su referente externo real, los niveles de lo ideológico en el texto y en el fenómeno literario global, los modos de existencia de sistemas literarios no ilustrados (literatura popular, literatura étnica, contraliteratura, etc.), etc. Lo saludable de estas reformulaciones está en que, por el respeto a la especificidad de nuestros sistemas y fenómenos literarios, ellas implican un previo poner en tela de juicio la pertinencia a nuestra realidad literaria de las categorías y modelos que nos vienen de fuera, actitud que avisa que estamos, pues, lejos de aquellas épocas de aceptación pasiva y aplicación mecánica y servil del instrumental teórico y crítico foráneo.

Queremos concluir glosando a nuestro modo el llamado de Benedetti. Sí, nos ha dado la hora de forjar nuestros propios enfoques críticos y modos de investigación literaria y no la estamos dejando pasar con despreocupación o desidia. Antes bien, hemos asumido el reto de explicarnos apropiada y correctamente nuestros discursos literarios y sus relaciones sustantivas con la historia y la sociedad latinoamericanas. De modo que el ejemplo, la invitación y el reclamo que con su excelencia nos hace la nueva novela latinoamericana no los estamos dejando caer en saco roto.